

de buscarla en vaguedades ideales que ni han existido ni pueden existir. Se separa por completo de las Filis y las Clóris, no pinta una sola vez aquellas vírgenes sin músculos, mecidas constantemente sobre nubes. Admira á Rafael y á Murillo, pero no sigue su escuela en donde lo bello se une tan poco á lo humano: sus maestros predilectos son Miguel Angel y Velázquez. Este último le seduce sobre manera como seduce á todos los grandes pintores de nuestra época, porque en verdad Velázquez fué anticipado padre de la escuela moderna; y la revolución pictórica que se ha verificado en nuestros días no ha sido más que un reflejo de nuestro gran pintor del siglo diez y siete. Sí, Velázquez indicó la revolución; Rosales la ha llevado á cabo; Fortuny la ha completado en la forma. En la forma, en la manera, no hay duda que este es muy superior á Rosales y á cuantos han existido, pero en el fondo, en el asunto, no hay duda tampoco que Rosales le aventaja. En cada cuadro de Rosales hay el fondo y la forma, el asunto y el dibujo; tal vez el color está algo descuidado, pero este descuido no es el continuo descuido de Gerome, no es la falta de sentimiento del color y de la luz, sino el cansancio del genio que con conciencia deja las obras inacabadas. En prueba de esto recordamos casi todo los cuadros de Rosales y especialmente el del *Testamento de Isabel la Católica*, en que hay admirables toques sueltos que revelan perfecto sentimiento del color y de la luz. Pero la cualidad principal de nuestro artista es la composición; distribuye admirablemente personas y objetos y nadie estorba á nadie; la sencillez ática resulta del conjunto, y la armonía preside allí en medio de la más hermosa variedad de detalles. Todos estos están estrictamente sujetos al objeto principal, la unidad no se ve turbada jamás y el espectador, desde el primer momento, advierte el asunto y goza descansadamente en él. Rosales no es como muchos pintores de hoy, que sin ninguna idea del arte y de la armonía, sin educación intelectual, sin gusto siquiera, pintan un cuadro para hacer resaltar un mueble de lujo ó un soberbio traje. Estos pintores más servirán para ilustrar periódicos de modas y de industria, que para pintar lienzos. La plaga aumenta de día en día, y la inspiración, el sentimiento, el *quid divinum* es más tenido en poco cada vez entre la juventud que se dedica á la pintura. Desconfiad del cuadro delante del cual el espectador esclame: «¡Qué magnífico tapiz! ¡qué riquísimo ropaje! etc.» en vez de exclamar «¡Qué magnífico cuadro!» cuadro, es decir, la unidad, la armonía, el conjunto. Es preciso que el detalle no fije de momento la atención del espectador; el detalle no ha de admirar de súbito; el espectador ha de ir preconcebida-

mente á admirarlo. Los cuadros de Rosales, lo repito, son perfectos en este sentido; se admira en ellos el todo; después, cuando nos fijamos detenidamente en los componentes, los admiramos también.

Rosales escoge asuntos verdaderamente humanos; los personajes pueden ser concretos, arrancados á la historia, pero el momento escogido, el sentimiento, son generales. En el *Testamento de Isabel la Católica* hay algo más que el cuadro local histórico; olvidemos los nombres, y allí quedará una reina que muere, quedará la copia de la agonía humana, el recogimiento alrededor de una triste y solemne escena, aquella moribunda que dicta algo sublime, aquel hombre que copia profundamente conmovido, aquellos personajes que lloran, aquel fondo oscuro que convida á la meditación. En *La presentación de D. Juan de Austria á Carlos V* hay algo más también que el episodio histórico; hay el amor paternal retratado dulcemente en la cara del viejo emperador, hay la ingenuidad infantil y el despejo y la gallardía y el valor en la esbelta figura del adolescente príncipe; hay la admiración ante el niño que revela su brillante porvenir, en los nobles que presencian la escena. En *La muerte de Lucrecia* hay algo más que lo que dicen la historia y la tradición; hay la magnificencia de la heroína que se sacrifica por su honor, hay el espanto del padre, la ira del marido y hay sobre todo el resuelto juramento de venganza que pronuncia Bruto con la cabeza levantada delante de un ídolo. Por fin, en los *Evangelistas* hay también algo más que los personajes bíblicos; hay el veerable semblante del justo y la inesplicable mirada del inspirado; en *San Juan*, en aquel *San Mateo* que se sientan sobre nubes, resplandece la llama de la inteligencia que se eleva sobre tantas tinieblas como nos envuelven en la superficie de la tierra.

MARTÍN BEL.

NOTAS É IMPRESIONES

Hay en todos los idiomas dos sinónimos no más: que son la palabra *dicha* y la palabra *jamás*.

*
*
*
Del bullicio la verdad siempre huye; las auras puras no vagan por la ciudad, sino allá por las alturas.

NOMEN.